

VINCULOS HISTORICOS ENTRE EL ECUADOR Y NICARAGUA

OSWALDO ALBORNOZ PERALTA

Existe, para honra de América Latina, una hermosa tradición de solidaridad entre sus pueblos. Cada vez que la afilada garra de las potencias extranjeras se ha incrustado en el suelo de una nación hermana, la voz de las otras, unida en vibrante coro, se ha levantado indignada para dejar sentada la protesta y llamar a la defensa de la patria agredida. Voz límpida, nacida de la conciencia latinoamericana de sus fuerzas progresistas y patriotas.

El Ecuador, para orgullo nuestro, también ha sido partícipe de esa noble solidaridad. Solidaridad, renovada constantemente, en el corazón de las sucesivas generaciones.

Y una de las primeras manifestaciones de nuestro sentir solidario tiene lugar, precisamente, cuando el hermano pueblo de Nicaragua —hoy objeto de criminales agresiones— es invadida en 1854 por las hordas rubias del filibustero Walker.

¿Quién es, y a quién obedece, este audaz aventurero?

No es sino un instrumento del expansionismo yanqui, en especial de los negreros del Sur, que pretenden apoderarse de Centro América para convertirla en una miserable colonia esclavista. Y nadie más adecuado que Walker para finalidad tan abyecta y retrógrada, pues es un racista empedernido. Cínicamente dice en sus MEMORIAS: "Los que hablan de establecer relaciones duraderas entre la raza americana pura, como existe en EE. UU. y la raza mezclada indio-americana, como existe en Méjico y la América Central; sin el empleo de la fuerza, no son más que visionarios. La historia del mundo nos ofrece el hecho utopista de una raza inferior cediendo mansa y tranquilamente a la influencia predominante de un pueblo superior" (1).

Este vil sujeto, al frente de un ejército punitivo denominado **Falange Americana**, después de regar con sangre la tierra nicaragüense, tiene la osadía de proclamarse Presidente. Y su gobierno espúreo, en forma ruin y desvergonzada, es reconocido por los Estados Unidos. El diplomático Wheeler, con el cinismo propio de los representantes del **pueblo superior**, dice en la ceremonia de reconocimiento:

"Por dirección del Presidente de los Estados Unidos, notifico a Ud. que tengo instrucciones, para entablar relaciones con este Estado... El carácter independiente y la energía sin igual de los ciudadanos americanos, han visto las ventajas que el Dios de la naturaleza ha repartido con tanta generosidad a este país, para hacer de él el camino real de las naciones y la puerta dorada del comercio; y con el fin de impedir a cualquier potencia extranjera que quiera retardar su progreso por medio de una intervención cualquiera, desea el Gobierno de los Estados Unidos unirse cordialmente con Ud. Ha hablado la gran voz del pueblo, y no pueden perderse sus palabras" (2).

Franqueza brutal y torpe. Y no puede ser de otra manera: pues así, de brutal y torpe, es la **gran voz** de su pueblo.

La inicua invasión despierta el espíritu de unión y solidaridad de nuestros pueblos. Las otras naciones centroamericanas, directamente amenazadas, intervienen en la lucha y ofrendan las vidas de sus hijos en aras de la libertad del país hermano. El Perú, altivamente, reclama ante Washington por el reconocimiento del pirata intruso. La indignación es general y recorre, estremecida, por las venas de América Latina.

Nuestra patria, nuestro Ecuador, también está presente en la protesta. El 15 de septiembre de 1856, Francisco Xavier Aguirre firma en la ciudad de Santiago, conjuntamente con los representantes de Chile y Perú, el **Tratado Continental**, al que luego se adhieren México, Bolivia, Paraguay, Costa Rica, Honduras y, naturalmente, Nicaragua. Este **Tratado**, que se nutre de los ideales bolivarianos del Congreso de Panamá, es respuesta directa a la invasión de Walker y tiene como objeto fundamental conseguir la unidad de los pueblos latinoamericanos para resistir el injusto ataque de los agresores extranjeros —los Estados Unidos sobre todo— tal como quería, y tal como pensaba, el Libertador de América. He aquí, como prueba de lo dicho, lo que constan en sus artículos:

"Artículo 13.— Cada una de las Partes contratantes se obligan a no ceder ni enajenar, bajo ninguna forma, a otro Estado o Gobierno, parte alguna de su territorio, ni a permitir que dentro de él se establezca una nacionalidad extraña a la que al presente domina, y se compromete a no reconocer con ese carácter a la que por cualquiera circunstancia se establezca...

Artículo 15.— Cuando contra cualquiera de los Estados contratantes se dirigiesen expediciones o agresiones con fuerzas terrestres o marítimas procedentes del extranjero, sea que se compongan de naturales del Estado contra quien se dirige, o de extranjeros y que no obren como fuerzas pertenecientes a un Estado o Gobierno reconocido de hecho o de derecho, o que no tuvieren comisión para actos de guerra, conferida también por un Gobierno también reconocido, serán reputados y tratados por todos los Estados contratantes, como expediciones piráticas, y sujetos en sus respectivos territorios, los que en ellas figurasen, a las leyes contra piratas, si hubieren cometido actos de hostilidad contra cualquiera de dichos Estados o contra sus buques, o que en el acto de ser atacados por fuerzas de cualquiera de los Estados contratantes no se rindiesen a la segunda intimación" (3).

Bien claros, pues, los objetivos del Tratado.

Dijimos que el Tratado de Santiago se inspiraba en la límpida fuente de la doctrina bolivariana. El Presidente Urbina, cuando presenta al Congreso ese instrumento jurídico para su aprobación, afirma que tiene esa procedencia, añadiendo incluso, que va más allá de los fines perseguidos por el Congreso Anticónflicto de Panamá. Dice que es garantía para la conservación "de la nacionalidad y de la independencia de las Repúblicas formadas por las victorias que ellas reportaron, cuando unidas y aliadas constituyeron su estabilidad y sus soberanías". Y, refiriéndose a lo acordado sobre la **piratería** —cláusula dirigida expresamente contra Walker— manifiesta que sólo la condenación de "esa nueva arma de degüello que empuñara el extravío y la irasibilidad de la ambición impotente", da la medida de la valía e importancia de ese pacto ⁽⁴⁾.

Un año después, el sucesor del progresista Presidente Urbina, General Francisco Robles, en su Mensaje al Congreso de 1857, anuncia alborozado la derrota de Walker. Estas son sus palabras:

"Después de terminadas vuestras sesiones anteriores, ha tenido lugar un acontecimiento de los más felices y de una gran significación para la América antes española. Los pueblos del Centro, como sabéis, habían sido invadidos y asolados muchos de ellos por una horda de filibusteros, cuyas tendencias amenazaban también la existencia de los demás Estados del Continente. Pero los pueblos de Centro-América, sin economizar sacrificios, y con un heroísmo digno del espléndido triunfo que han alcanzado, lograron liberrar el suelo de su patria de la inmundicia del invasor. Ojalá esta lección sirva de freno a los enemigos de la humanidad, y de ejemplo a todos los pueblos. El Ecuador felicita sinceramente a su hermana la América Central" ⁽⁵⁾.

Palabras altivas y calificativos precisos, que desgraciadamente hoy, mandatarios cobardes y entregados a los filibusteros de ayer, ya no se atreven a pronunciar.

El Tratado Continental, por las finalidades anotadas —defensa de la soberanía de los pueblos latinoamericanos y solidaridad con Nicaragua— es objeto del ataque y del sabotaje por parte de los Estados Unidos, tal como hizo antes, en forma hipócrita y taimada, con el Congreso de Panamá convocado por Bolívar. Mueve todos los hilos diplomáticos a su disposición, y también, como es práctica constante de su política sucia y agresiva, trata de encontrar aliados y traidores para conseguir tales objetivos. Es múltiple la documentación existente al respecto. Solamente queremos transcribir las siguientes opiniones del Ministro Cley que constan en ese libro denunciador por excelencia, ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA, SIGLO XIX, de Manuel Medina Castro: "Que la adopción del Tratado en la forma propuesta ofrecería el singular espectáculo de una unión de todas las naciones del hemisferio occidental excluidos los Estados Unidos. Que la única explicación de esa exclusión sería que las naciones signatarias del Tratado han formado **una Liga para controlar el poder de los Estados Unidos.**

Que yo lamentaría si el gobierno peruano participaba de la idea de que había en la política exterior de los Estados Unidos algún aspecto subversivo de los derechos de algunas de las repúblicas hispanoamericanas, sospecha que, además de ser injusta, **puede inducir al Perú a actuar de manera que se debiliten las amistosas relaciones existentes entre las dos naciones.** Que yo esperaba que él usaría su influencia como Ministro de Relaciones Exteriores para prevenir la aprobación del Tratado Continental por la Convención Nacional" ⁽⁶⁾. Presiones y amenazas, como se ve. Y más que todo, reiteración del característico cinismo yanqui: jesto se dice cuando todavía está fresca la sangre derramada por el filibustero Walker! Iguales medios se usan contra el **Tratado de Alianza y Confederación** suscrito en Washington en el mismo año de 1856 por varios Estados de América Latina, que, en líneas generales, reproduce las estipulaciones del Tratado Continental.

El Congreso del Ecuador, al aprobar rápidamente y sin vacilaciones el Tratado suscrito en Santiago de Chile, da una prueba irrefutable de su adhesión a la noble causa que defiende el hermano pueblo de Nicaragua. Es seguro que también aquí deben haber presionado los Estados Unidos para que eso no suceda —porque es táctica preferida de su diplomacia— razón que hace más meritoria la medida adoptada. La actuación de Urbina y las frases condenatorias del Presidente Robles, son así mismo, testimonio y confirmación de nuestra solidaridad.

Más tarde, cuando las huestes heroicas de Sandino defienden nuevamente el territorio nicaragüense invadido por la misma potencia expansionista, el Coronel Olmedo Alfaro, en su trabajo titulado **EL FILIBUSTERO WALKER EN NICARAGUA**, resañará la ya lejana guerra centroamericana, señalando los objetivos de la agresión y los mezquinos intereses del Imperio. Llamando otra vez a la unión de nuestros pueblos, dirá que esos objetivos y esos intereses siguen siendo vigentes, y que por lo tanto, es necesario prepararse para enfrentar al enemigo. "Al continuar nuestras masas incapacitadas para defenderse —advertirá— el día de su total sojuzgamiento no está lejano" ⁽⁷⁾.

Este primer vínculo histórico entre el Ecuador y Nicaragua —entonces— es tendido con el hermoso lazo de una acción solidaria y fraternal basada en la viviente tradición bolivariana.

* o *

Años después, Eloy Alfaro, nuestro gran caudillo, ahonda aún más esa fraterna vinculación.

El héroe, proscrito de su patria por gobernantes tiranos y retrógrados, recorre América en busca de sostén para sus nobles ideales: la implantación de Estados democráticos y la unidad de los pueblos latinoamericanos para defender su soberanía amenazada por las potencias coloniales. Así, llevando este mensaje, llega un día Nicaragua.

Es en el pequeño puerto de Amapala —situado en una isla del Golfo de Fonseca— donde se forja, con el patrocinio de Alfaro y el Presidente Zelaya, el Pacto que lleva el nombre de esa pequeña ciudad y que tiene por fin llevar a la práctica los propósitos antes indicados. Pacto seguramente no firmado, pero que tiene vida real en los hechos concretos. Si, porque tal como ayer para romper las cadenas del coloniaje español, ahora los liberales también se unen para imponer sus principios, pues consideran que la causa de la democracia es común para todos nuestros pueblos. Por esto, José Santos Zelaya, pone a su disposición pertrechos y el buque "Momotombo" para impulsar la revolución liberal ecuatoriana, pero que Alfaro, a su vez, los traspasa a los liberales colombianos por considerar que no es posible en ese momento la insurrección en nuestra patria, según asegura el historiador Emeterio Santovenia ⁽⁸⁾. No existe el egoísmo en ese entonces. La hermandad es completa.

Prosiguen los sueños, los grandes y elevados sueños. Ardiente anticolonialista, a Maceo, el indomable general cubano, propone la ayuda de un poderoso contingente de soldados nicaragüenses y colombianos para libertar la Isla, plan que Martí considera utópico por lento y por difícil, ya que para el apóstol de la independencia de Cuba, la guerra está por estallar y no se puede esperar el tiempo que requiere esa empresa. El proyecto, por esta razón, no pasa de eso. Pero queda, en cambio, la nobleza de la idea, como prenda de fraternidad latinoamericana.

También, con el concurso del Gobierno de Nicaragua, Alfaro logra impedir una contienda fratricida entre El Salvador y Guatemala. Gracias al gran prestigio de que goza, sus gestiones tienen un resultado positivo, pues logra un acuerdo de paz en el Congreso de Plenipotenciarios que se reúne en el puerto salvadoreño de Acajutla, razón por la que las naciones centroamericanas dejan constancia de su agradecimiento y recomiendan "su nombre a la veneración de todo el Continente". El representante de Guatemala dice: "A la paz que acaba de sustituir a una guerra —que habría sido la más sangrienta y desastrosa de cuantas han ocurrido en Centro América— Ud. ha cooperado noble y eficazmente y merece el bien de las cinco Repúblicas, que van a reportar grandes beneficios de tan feliz desenlace" ⁽⁹⁾. Cooperación noble en realidad, pero que en fin de fines no es sino consecuencia de su afán por conseguir la unidad de nuestros pueblos, en este caso la unidad centroamericana, de la que es partidario decidido, pues piensa que es necesaria para contener y poner coto al expansionismo yanqui, tal como había demostrado la guerra nacional contra el filibustero Walker. Sabe que la guerra divide, y que la división conviene al enemigo, que por esto mismo, la fomenta por todos los medios a su alcance. Unidad, entonces. La unidad preconizada por José Cecilio del Valle y defendida con su sangre por el General Morazán.

Los servicios que Alfaro presta a los pueblos de América son premiados generosamente por Nicaragua, que le otorga el grado de General de División, el más alto en la jerarquía militar de la República. La resolución, dice así:

LA ASAMBLEA NACIONAL LEGISLATIVA

Decreta:

Unico.— En atención a los altos merecimientos personales del Señor Don Eloy Alfaro y a los grandes servicios prestados por él a la causa de la Democracia en la América Latina, se le confiere el grado de General de División del Ejército de la República.

Dado en el Salón de Sesiones de la Asamblea Nacional Legislativa.— Managua, 12 de Enero de 1895.— José Madriz, Vice-Presidente.— Gustavo Guzmán, Secretario.

Por tanto, Ejecútese. Palacio Nacional, Managua, 12 de Enero de 1895.— J. S. Zelaya.— El Ministro General, F. Baca H." ⁽¹⁰⁾.

Al agradecer el honor dispensado, Alfaro manifiesta: "Se me hacen menciones altamente honoríficas por mis servicios prestados a la causa de la democracia en la América Latina. Permítaseme admirar como hijo que soy de la antigua Colombia, vuestro levantado civismo, pues con vuestro fraternal decreto habéis proclamado muy alto en los ámbitos del Continente Hispano: no hay fronteras entre nosotros, todos somos hermanos!" ⁽¹¹⁾. Palabras que reflejan su hondo sentir latinoamericanista. ¡Todos somos hermanos! Palabras que debemos repetir hoy —hoy más que nunca— porque el Ecuador y Nicaragua son países hermanos, unidos por años de historia, que no se pueden olvidar sin mengua de la honra.

Otro gesto fraternal de Nicaragua.

Llamado por el pueblo ecuatoriano, Alfaro, el proscrito **general de las derrotas**, vuelve a la patria para imponer los principios liberales y convertirse en **general de la victoria**. Es el 5 de junio de 1895. El cometido encomendado a su heroísmo y a su espada está por lograrse todavía: hay que escalar el Ande, hay que marchar por las heladas breñas serraniegas, para llegar a Quito y doblegar a las fuerzas del retraso. Y el primer país que reconoce su beligerancia es cabalmente Nicaragua. "Considerando —dice el gobierno nicaragüense— que se ha organizado en la República del Ecuador un Gobierno Provisional, presidido por el General don Eloy Alfaro; que aquél Gobierno cuenta con el apoyo de los pueblos; y que es llegado el caso de que se reconozca su beligerancia, conforme al Derecho de Gentes, decreta: Reconocer la beligerancia del Gobierno Provisional de la República del Ecuador, presidido por el Gral. don Eloy Alfaro" ⁽¹²⁾. Esta ayuda, aunque sólo sea jurídica, es de gran valía y se carga en el haber del **pacto** de Amapala.

Obtenido el triunfo, las relaciones entre el Ecuador y Nicaragua son más cordiales que en ningún otro tiempo. El doctor Fernando Sánchez, ciudadano nicaragüense, es nombrado Ministro Plenipotenciario del Ecuador ante el Gobierno de Managua. Nada de extraño: si un ecuatoriano puede ser General de Nicaragua, un nicaragüense, también, puede ser Ministro del Ecuador. ¡Todos somos hermanos!

Pocos años después, en 1909, nubes negras vuelven a cubrir el cielo de Nicaragua. El Presidente amigo de Alfaro, José Santos Zelaya, es derrocado por los yanquis por negarse a la concesión de la ruta canalera del río San Juan y una base naval en el Golfo de Fonseca. Zelaya no sirve, se necesitan mandatarios de librea, aptos para menesteres asquerosos. Y por desgracia, estos no faltan... Los dominadores pueden conseguir con ellos lo que quieren.

¡La mano del Destino —la mano del Destino Manifiesto desde luego— ha señalado a Nicaragua como víctima permanente!

De allí la furia de Rubén Darío. Esa furia ardiente y justiciera que brota y que borbota en las estrofas de la **Oda a Roosevelt** —escrita a raíz del zarpazo de Panamá— porque es baldón para el inventor de la política del garrote, inri de oprobio, para los ofensores de su patria y de todas las patrias de América Latina. Oid.

"Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla español.

.....
Crees que la vida es incendio,
que el progreso es erupción,
que donde pones la bala
el porvenir pones.

No.

.....
Tened cuidado. ¡Vive la América Española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesita, Roosevelt, ser, por Dios mismo,
el Riflero terrible, y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: Dios" (13).

Como si intuyeran la gesta de Sandino. Como si vislumbrara ya, allá en la lejanía, la derrota yanqui de Bahía de Cochinos.

Y Rubén Darío, el gran bardo nicaragüense, es en el campo de la cultura, también un vínculo entre el Ecuador y Nicaragua.

Varias son las pruebas de este vínculo.

Cuando un Pérez Soto, inapto para mirar las cimas, escribe contra Montalvo ese libelo titulado LA CURARINA, ANTIDOTO CONTRA EL MONTALVISMO, Darío sale al frente para defender, con pasión y brío, al demoledor de tiranías. Su MERCURIAL ECLESIASTICA, atacada por el clericalismo —porque es espejo

de su vicios— tiene, otra vez, como defensor al gran poeta. Y en su canto A JUAN MONTALVO le califica de genio incomparable: genio, capaz de crear con **su fuerza incontrastable obras que, gigantescas y sublimes, guías son y deleite de lo humano** ⁽¹⁴⁾.

Es amigo y admirador de Alfaro. Ambos son liberales y partidarios de la unidad de los pueblos de América Central. Las estrofas de su UNION CENTRO-AMERICANA —dedicadas al General Justo Rufino Barrios, fracasado gestor de un intento unitario— constituyen un manifiesto en pro de esa quimera. Manifiesto escrito con el corazón en la mano, que late y que vibra, al ritmo de la música de su alta poesía.

Y es amigo de Federico Proaño, caballero andante defensor de los ideales democráticos, que desterrado de su patria, recorre los países centroamericanos, dejando las joyas de su prosa y la huella de su avanzado pensamiento.

No hay para qué decir, que aquí, como en todos los confines de habla castellana, Darío tiene admiradores y discípulos. Es, como en todas partes, el Maestro.

Nicaragua, nuevamente, es hollada por el sempiterno y reincidente invasor.

Una fuerza inmensa —16 barcos de guerra, 215 oficiales, 3.900 soldados y 815 marinos, según afirma Gregorio Selser ⁽¹⁵⁾— desembarca en su suelo para imponer la paz a los rebeldes liberales que luchan contra el títere Adolfo Díaz, un antiguo empleado, sirviente mejor dicho, de una empresa yanqui.

Gracias a la traición de Moncada los invasores logran imponerse y todo parece consumado. Pero no, hay un hombre que no se rinde, Sandino, el futuro **general de hombres libres, como** le calificara Barbusse, el gran escritor comunista. Y da comienzo a su epopeya.

Al frente de aguerridos campesinos —los **cachorros del león español** que dijera Darío— con sólo las armas arrebatadas a los enemigos, se enfrenta al poderío norteamericano y a sus traidores aliados, los miembros de la Guardia Nacional de Nicaragua. Casi siete años —1927 a 1933— dura el singular combate. Y al final, su pequeño **ejército loco** —calificativo de Gabriela Mistral— consigue lo increíble: que el facineroso Goliath abandone el suelo de su patria.

Esta hazaña no puede menos que asombrar y despertar inmensas simpatías en todos los pueblos latinoamericanos. Todas las fuerzas progresistas, todos los hombres que no han vendido su conciencia por miserables dólares, están de su lado, sufriendo con el temor de una derrota, y gozando, al avizorar una victoria. A su lado, así mismo, lo más granado del pensamiento de América Latina. Estos, unos pocos nombres: Gabriela Mistral, José Carlos Mariátegui, Miguel Ugarte, César Vallejo, Sanín Cano, Pedro Henríquez Ureña, Alfredo Palacios y Max Grillo. Todo lo valioso, en suma.

También en el Ecuador, su lucha tiene un eco inmenso. La prensa revolucionaria y democrática condena la infame agresión y pone muy en alto el nombre de Sandino, al igual que muchos de sus hombres representativos. Veamos, a vuelo de pluma, unas pocas pruebas de lo afirmado.

José Peralta, el gran doctrinario liberal compañero de Alfaro, en su indignado alegato antiimperialista escrito en Panamá en 1927 al iniciarse la agresión, LA ESCLAVITUD DE LA AMERICA LATINA, después de pasar revista de los múltiples atentados yanquis contra la soberanía de los países latinoamericanos, deja constancia de su viril protesta por la invasión de Nicaragua. Como preámbulo, condena la ocupación norteamericana de 1912 y la imposición del Tratado Bryan—Chamorro de 1914, mediante el cual se consigue una base naval en el Golfo de Fonseca y el derecho de abrir un canal interoceánico. Luego pone en el banquillo de los acusados al traidor Adolfo Díaz, al lado de sus prepotentes protectores. Pero mejor, es transcribir sus propias palabras, para que no se pierda la fuerza de su verbo:

“Los grandes traidores de la historia han podido aducir una explicación que, siquiera aparentemente, los disculpe de su infamia; pero Adolfo Díaz, si un tribunal sudamericano le preguntase por qué ha vendido tan vilmente a su patria, no podría menos que confesar que la sed de oro y la ambición de mando lo han llevado hasta colocar con propia mano, el dogal de muerte en el cuello de la República.

No insistiré en hablar de los anteriores atentados en la gran República de Nicaragua; porque los presentes, los que estamos presenciando, llenos de asombro y de indignación, en estos mismos días, colman la medida de la arbitrariedad y de la desvergonzada ostentación de la fuerza bruta, que huella la justicia y ultraja el derecho con la impunidad más cínica. No han querido Coolidge y Kellogg ni disimular su desprecio a las leyes internacionales; y más bien han hecho gala de romper ese Código inviolable y arrojarles sus pedazos de las naciones americanas. Cada declaración de Kellogg, cada discurso de Coolidge, cada intimación de Latimer, aun los llamados buenos oficios de Stimson, corroboran el programa de conquista formado por los Estados Unidos; prueban el ánimo firme de imponer su yugo a las repúblicas hispanas, sin detenerse ni vacilar ante ningún principio justo, ante ninguna valla moral, ante ninguna conveniencia de paz y armonía en el Continente” (16).

Un año después, el periódico LA VANGUARDIA, órgano del Consejo Central del recién fundado Partido Socialista Ecuatoriano, también desde un principio, condena enérgicamente la intromisión del imperialismo en Nicaragua y apoya con calor a los combatientes de Sandino, publicando y transcribiendo artículo con este contenido. Así, por ejemplo, ya en el N° 5—6 del 1° de febrero de 1928, en un artículo titulado “Un pueblo mártir”, se dice lo siguiente:

“Mientras Díaz llama a las fuerzas norteamericanas para que fusilen en los matorrales y en las barricadas campesinos a sus propios hermanos, a los únicos representantes del espíritu libre de Nicaragua, que están po-

niendo muy en alto el nombre de la raza, de la tierra patria y de la mentalidad continental, Sandino se levanta agigantado, sosteniendo la antorcha de la liberación, en el umbral mismo de América y empuja hacia los territorios de Manhattan a las falanges esclavistas que vienen a recoger la presa, ofrendada por un mandatario sin conciencia.

¡Sandino es la representación de la libertad de un pueblo!

¡Sandino es la corporización de la raza libre!

Sandino, al frente de un puñado de héroes del pueblo, es el defensor de los derechos y la integridad de América Latina, y merece la veneración de los Partidos Socialistas y Comunistas de todo el mundo" (17).

La revista ENTELEQUIA de Quito, en su N° 5 de septiembre de 1928, publica el artículo titulado **"Intervencionismo yanqui"**. El autor, Gerardo Falconí, comienza por condenar la nefasta Doctrina Monroe, manifestando "que ha sido para la América Hispana el germen político de las discordias, las extorsiones, las rapiñas territoriales y las más clamorosas violaciones del derecho de sus pueblos". Menciona una serie de atentados contra la independencia de nuestros países —Puerto Rico, Cuba, Panamá, Haití, Santo Domingo y México— que demuestran la rapacidad y el afán expansionista de los Estados Unidos. Para finalmente, señalando los antecedentes desde la caída de Zelaya, llegar a la ocupación norteamericana que en ese momento tiene lugar en Nicaragua. Dice al respecto: "Y es así como los Estados Unidos provocan quizá el máximo escándalo resultante de sus intervenciones armadas, que si ha irrogado una nueva agresión a la soberanía nicaragüense, ha servido en cambio para apreciar la condenatoria opinión de todo el mundo civilizado, traducido en bellas y altivas protestas en todos los idiomas, mítines y asambleas populares presididas por las federaciones universitarias en todos los países de la hispanoamérica y no pocos de Europa, debiendo señalarse especialmente el movimiento dirigido por la Federación de Estudiantes Hispanoamericanos de Madrid y el auspiciado por la Assotiation Generale D' Etudiants Latino Americains de París, despertando con el eco de esta sonora clarinada de injusticia y oprobio, la conciencia de la raza, palpitante ahora en torno de la pequeña Nicaragua" (18). Y termina con la frases de Ugarte: "¡Esta es la situación creada por ese Minotauro del siglo XX que se llama Imperialismo Yanqui!".

Ya hablamos de Olmedo Alfaro. En el mismo trabajo antes citado sobre Walker, se refiere también a esta nueva invasión, igualmente infame como la protagonizada por ese aventurero. A su juicio, los invasores persiguen tantos objetivos estratégicos como económicos, entre los primeros, la obtención de una ruta para otro canal, y entre los segundos, la protección de sus empresas y compañías, las bananeras principalmente, sobre todo, a la United Fruit. Narra algunas acciones militares, indicando certeramente, que una de las causas para los fracasos yanquis, es que el pueblo está al lado de los insurgentes de Sandino, para quien el autor manifiesta transparente simpatía. Así, relata un intento de soborno: "Más tarde le ofrecieron medio millón de dólares y tampoco

aceptó, diciéndoles que él combatía por la libertad de su patria, que no tenía precio". Y transcribe —pese a lo prosaico de su obra— un poema de Guillermo Hall, del que nosotros, copiamos estas estrofas:

"Es un loco? Tal vez. Mas cual Sandino,
en este Continente quedan pocos...
Ojalá que en suelo indolatino
hubiera, cual Sandino, muchos locos!

.....

Quijotes novelescos del Destino,
entraña su locura una esperanza...
Queremos locos, sí, como Sandino,
no cuerdos cual Moncada—Sancho Panza" (20).

Y así, podemos seguir citando, muchas otras demostraciones de nuestra solidaridad con Nicaragua. Y de nuestra admiración para Sandino.

* O *

Sobre el cadáver de Sandino, cobardemente asesinado, se erige la sangrienta dinastía de los Somoza. La inicia el principal asesino, Anastasio Somoza, que tiene el respaldo total y absoluto de sus cómplices en el crimen: los invasores yanquis. "Anastasio Somoza —dice Hubert Herring, uno de sus panegiristas— el genial dictador que ahora encadena la libertad de su pueblo para su propio bien, goza de la amistad de Washington" (21).

La amistad de Washington, empero, más que amistad, es confabulación entre ladrones. Ya sin la sombra de los fusiles de Sandino, protegidos por el despotismo que instituyen como sistema de gobierno, pueden medrar a manos llenas. Las ganancias, el botín del despojo a las masas populares, todo pasa a su propiedad, en reparto equitativo, o casi equitativo. La mayor parte de las riquezas de Nicaragua van a poder de las empresas yanquis, y el resto, a poder de la asquerosa camarilla de los Somoza. Nicaragua, desde entonces, sólo tiene dos dueños: los dos ladrones.

La patria de Sandino se convierte en un inmenso escaparate, que muestra a la América Latina, el horrible significado de la dependencia. Enseña la magnitud de la voracidad de los monopolios, la insolencia de los dominadores, el peso de sus sucias botas, sobre leyes, tradiciones y banderas. Y enseña, sobre todo, hasta dónde puede llegar la bajeza de los vende—patria, pues si en la adolorida historia de nuestros pueblos han existido muchos, nada como esa cloaca del clan de los Somoza. Una lección penosa, pero viva e inolvidable América Latina, sufre, con el sufrimiento de Nicaragua.

Pero el pueblo nicaragüense no se doblega fácilmente. Sandino ha dejado herederos, que recogiendo su ejemplo en sus corazones, levantan en alto su

estandarte. Otra vez los guerrilleros surgen en la montaña, y con su sangre, en largos e interminables años, van construyendo la victoria. Su lucha, lucha heroica y abnegada, hace palpitir los pechos de los hombres de América. La solidaridad para los combatientes, una vez más, se hace presente.

En el Ecuador también palpitan los pechos nuevamente. Las mismas fuerzas progresistas que ayer estuvieron con Sandino, extienden su brazo solidario para ayudar a los que luchan. Los partidos políticos de izquierda, los sindicatos obreros y campesinos, la prensa y los intelectuales democráticos, están con ellos. Las coplas de un poeta, Cazón Vera, reflejan así este extendido y fraterno sentimiento:

"Lástima que no volviera,
pero ya vino,
otra vez llegó Sandino
como una larga bandera
a cubrir la Patria entera
por sus caminos.

La bestia que bufa a diario,
que roba y mata,
con medallas de hojalata
y con sus treinta denarios
se llena de mercenarios
y de ratas.

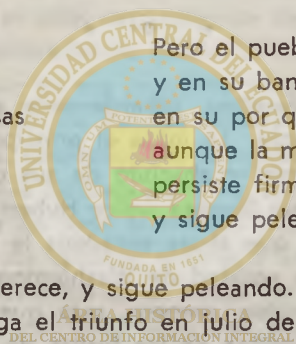
Arde el árbol, la verdura,
la casta rosa
y ardiendo en todas las cosas
lloran su ceniza oscura
bajo la sombra más dura
de Somoza.

Pero el pueblo no perece
y en su bando,
en su por qué y en su cuándo,
aunque la muerte más crece,
persiste firme en sus trece
y sigue peleando" (22).

Así es, el pueblo no perece, y sigue peleando. Y al fin, como fruto de la persistencia y el coraje, llega el triunfo en julio de 1979, la bestia y las ratas del poema huyen cobardemente, disipando de sombras el cielo de Nicaragua.

Este es un día de alegría para la conciencia democrática de América.

Una nueva vida, vivificada por el sol de la libertad, comienza para el hermano pueblo. Ahora, la bandera de la soberanía nacional flamea enhiesta, pues ya no existen títeres para gobernar con las órdenes de Washington. Las empresas extranjeras no pueden imponer sus designios ni seguir saqueando sus riquezas. Las tierras, esas tierras sin confín usurpadas por los Somoza y su inmundia parentela, pasan a manos de los campesinos, sus legítimos dueños, ayer explotados para beneficio exclusivo de sátrapas y zánganos. La ignorancia —suelo apropiado para el surgimiento de las tiranías— va desapareciendo rápidamente con la campaña masiva de alfabetización que se pone en marcha, llevando la tea de la enseñanza, por primera vez, a los más apartados rincones de la patria. La salud, derecho elemental de todo ser humano, mediante un plan de salubridad hasta entonces desconocido por sus dimensiones, llega a los campos y a los hogares más humildes, antes condenados para ser pasto de las enfermedades y la muerte. Y la cultura, luz apagada por la estulticia somocista, deja de ser pro-



piedad de las élites y se va extendiendo para llegar a su verdadero origen y manantial: las masas populares. El arte, como por obra de magia, empieza a brotar de las manos y de la inspiración del pueblo. Los versos sonoros de Darío —con sus cisnes y sus náyades modernistas— las estrofas de Cardenal —llenas de saber y rebeldía— ya no son, ya no más, inasequibles.

Parecía que la tenebrosa pesadilla había terminado.

Pero no. Pueblos libres, pueblos altivos, pueblos con propia voz, no convienen al imperialismo. Los Estados Unidos —cuya maldad avizoraron Bolívar y Martí— necesitan de pueblos domeñados, aptos para obedecer y servir a sus propósitos de dominación mundial. Por tanto, Nicaragua sin dogal, no puede sobrevivir: eso es contrario al Destino Manifiesto.

Y seguidamente, desde el mismo día de la victoria sandinista, la tesis del sometimiento de Nicaragua se pone en vigencia. Ya en el Documento de Santa Fe —cínico plan de sojuzgamiento de América Latina— se califica la revolución como conquista marxista, calificación que en el léxico brutal de los dominadores significa que debe ser aplastada, porque son ellos los llamados a decidir el régimen social que nos conviene. Y luego Reagan —un Teodoro Roosevelt y más desvergonzado— agrega el viejo argumento de los **intereses vitales** de los Estados Unidos para justificar la acometida y la tentativa de imposición de un orden afín con sus oscuros intereses y sus criminales propósitos. Igual que ayer. El enano Roosevelt se creía con derecho para castigar la mala conducta de nuestros pueblos, y hoy, el más tonto de sus discípulos, se siente investido de tal prerrogativa...

A la teoría sigue la práctica. Como se hizo con Cuba liberada, se bloquea económicamente al pequeño país centroamericano, por el solo delito de haber roto cadenas y querer instituir la verdadera justicia como norma de gobierno. Se organizan bandas mercenarias y se arma a los antiguos esbirros de Somoza, que siembran el terror en medio de los campos, asesinando a indefensos campesinos, niños y mujeres, inclusive. El Embajador de los Estados Unidos en Honduras, Negroponte —ex consejero de los vende-patria vietnamitas y especialista en asunto sucios— dirige desde esa República, desgraciadamente en manos de traidores a la causa latinoamericana, la guerra no declarada contra el pueblo hermano. Y la CIA, ese antro de criminales, haciendo pedazos todos los preceptos del Derecho Internacional, mina los puertos y las aguas nicaragüenses, acto inhumano y sin antecedentes, que causa pérdidas millonarias y provoca innúmeras tragedias. ¡Y se tiene la osadía, mejor el descaro, de admitir esa autoría ignominiosa!

Marx consideraba la amoralidad de la política internacional de la burguesía, como reflejo de la amoralidad del propio régimen capitalista. Si esto era así ya en la época del creador del socialismo científico, ahora, en la etapa imperialista —etapa del capitalismo moribundo y putrefacto— esa amoralidad se ha multiplicado. Y uno de las tantas pruebas es la actual y arbitraria intervención

en Nicaragua, **desvergonzada ostentación de la fuerza bruta**, para usar la frase de Peralta proferida con motivo de la invasión de 1927.

El objetivo final de las sucias maniobras yanquis, es sin duda llegar a la invasión para derrocar al gobierno sandinista, porque saben que sus mercenarios son incapaces de lograr esa finalidad, porque ese gobierno tiene tras de sí a todo un pueblo, decidido como nunca, a vender cara la independencia de la patria. Es el método último, el recurso desesperado, que pueden utilizar las hordas del Imperio.

El pueblo ecuatoriano —el verdadero pueblo— por esto, haciendo renacer su vieja tradición de solidaridad para las causas nobles, nuevamente ha dejado oír su estentórea voz de protesta. Los trabajadores, los partidos progresistas, las organizaciones estudiantiles y los intelectuales democráticos, se han puesto de pie para impedir el atentado que se prepara. ¡Fuera las manos de Nicaragual es el grito y la consigna que se ha extendido, y se va extendiendo cada vez más, por todos los horizontes de nuestro suelo.

Esto es digno de elogio.

Pero hay que redoblar la cruzada iniciada, porque el enemigo es fuerte y obstinado, que sólo puede retroceder ante el repudio unánime y la unidad monolítica de todos los pueblos latinoamericanos.

Es hora, en consecuencia, de **levantar bien en alto la bandera de la unión de nuestros pueblos preconizada por Bolívar, para frustrar los arteros designios del Coloso, destinado por la Providencia para plagar la América de miserias en nombre de la Libertad.**

La defensa de Nicaragua es la **tarea máxima** del momento. Defensa que implica también nuestra propia **salvaguardia**, porque la invasión del pueblo hermano, sería menoscabo de la soberanía de toda la América Latina.

La causa de Nicaragua, es nuestra **propia causa**.

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Oswaldo Alborno Peralta

NOTAS

- (1) EL FILIBUSTERO WALKER EN NICARAGUA.— Olmedo Alfaro.— Segunda edición aumentada.— Panamá, 1933.
- (2) Idem.
- (3) FORMACION DE LA CONCIENCIA AMERICANA.— Hebe Clementi.— Editorial La Pléyade.— Buenos Aires, 1972.
- (4) RECOPIACION DE MENSAJES.— Alejandro Noboa.— Tomo II, Guayaquil, 1901.
- (5) Idem.
- (6) ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA, SIGLO XIX.— Manuel Medina Castro.— La Habana, 1968.
- (7) EL FILIBUSTERO WALKER EN NICARAGUA.— Citado.
- (8) VIDA DE ALFARO.— Emeterio Santovenia.— La Habana, 1942.
- (9) VISION INTERNACIONAL DE ELOY ALFARO.— Jorge Pérez Concha.— Guayaquil, 1982.

- (10) HOMENAJES A ELOY ALFARO.— La Habana, 1933.
- (11) ELOY ALFARO EN LA POLITICA DE NICARAGUA.— Francisco Terán.— Diario EL COMERCIO. Quito, 1966
- (12) Idem.
- (13) POESIAS COMPLETAS.— Rubén Darío.— Madrid, 1967.
- (14) Idem.
- (15) SANDINO, GENERAL DE HOMBRES LIBRES.— Gregorio Selser.— México, 1979.
- (16) LA ESCLAVITUD DE LA AMERICA LATINA.— José Peralta.— Cuenca, 1961.
- (17) LA VANGUARDIA.— Nos. 5—6.— Quito, febrero 1º de 1928.
- (18) Revista ENTELEQUIA.— Nº V.— Quito.— Septiembre de MCMXXVIII.
- (19) EL FILIBUSTERO WALKER EN NICARAGUA.— Citado.
- (20) Idem.
- (21) SANDINO, GENERAL DE HOMBRES LIBRES.— Citado.
- (22) LA PAJARA PINTA.— Fernando Cazón Vera.— Quito, 1983.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL